

Por qué necesitamos a los niños para salvar la ciudad

Un niño de cinco años de una pequeña ciudad italiana, discutiendo con su maestra y con sus compañeros de la escuela de la infancia, dice: "Si los adultos no escuchan a los niños tendrán graves problemas".

Obviamente el niño no hubiera sido capaz de describir en qué clase de graves problemas el mundo se está precipitando, pero justo por esta razón su advertencia desconcierta.

Problemas graves

De hecho los adultos de todo el mundo y especialmente los del mundo más rico y desarrollado están provocando daños muy graves, los cuales resultaban inimaginables poco tiempo atrás.

A nivel del medio ambiente estamos dejando a nuestros hijos y nietos un mundo peor del que hemos recibido de nuestros padres y abuelos: estamos comprometiendo de manera quizás irreversible el medio, contaminando el aire, destruyendo áreas forestales cada vez más grandes, provocando el levantamiento del clima, destruyendo especies animales y vegetales. A pesar de todas las promesas y los acuerdos internacionales, las diferencias entre el mundo del hambre y el de la riqueza están subiendo: mientras el mundo rico se hace cada vez más rico, en el mundo pobre aumentan el hambre y las enfermedades. A pesar de las dramáticas enseñanzas de las dictaduras y de las guerras mundiales del siglo veinte, los países democráticos no rechazan la guerra. Nuestros gobiernos nacionales siguen en el deterioro moral y social. A nivel económico hemos llegado a una crisis profunda y, si se me permite, ridícula. Ridícula siendo fruto de la ciencia de los más grandes economistas del mundo. Una crisis económica que probablemente se va a repetir, si perduran las condiciones que la facilitan. Nuestros adolescentes y nuestros jóvenes manifiestan su disgusto y su adversidad al mundo que les estamos ofreciendo con formas agresivas en contra de la ciudad y en contra de los demás como el vandalismo y el gamberrismo, o con acciones, aún más graves, en contra de ellos mismos, desde el abuso de alcohol y de drogas, los accidentes de moto y de coche, hasta el suicidio.

Es conocido el fenómeno llamado hikikomori en Japón: se considera que más de un millón de jóvenes entre los 14 y los 30 años, sobre todo varones, viven encerrados en su habitación, alimentados por sus padres, sin estudiar o trabajar, delante la pantalla del ordenador. Han elegido la realidad virtual rechazando la vida real.

Hemos llegado, por primera vez en la historia, a dejar a los que vendrán después de nosotros una esperanza de vida inferior a la nuestra. Nosotros hemos tenido casi diez años más de vida que nuestros abuelos; nuestros nietos, según investigaciones recientes, tendrán una esperanza de vida inferior a la nuestra.

Hemos logrado conseguir estos resultados, hemos causado 'problemas graves' racionalmente, utilizando todos los conocimientos científicos a disposición, todos los descubrimientos científicos y todos los poderes de los países política y económicamente más poderosos. Conscientemente, racionalmente, científicamente hemos arruinado el mundo.

Victoria, una niña de diez años, del Consejo de los niños de Rosario, Argentina, dice: "*La culpa de todo la tienen los adultos, hemos de limitarles su poder*".

Si todo esto lo hemos hecho nosotros, racionalmente, es difícil que podamos y sepamos salir solos y racionalmente. Tenemos que buscar ayuda e inventar algo nuevo, depositar la confianza en la fantasía y en la creatividad.

¿Cuánto les cuesta a los niños esta ciudad?

Es preciso tener en cuenta la opinión de los niños porque son los que están pagando el precio más alto. La ciudad, así como se ha ido desarrollando en las últimas décadas, ha tenido en cuenta casi exclusivamente las necesidades de los ciudadanos más fuertes y políticamente más influyentes y del coche, su juguete preferido. Se ha olvidado y de hecho ha ido excluyendo a los ciudadanos más débiles y primeros entre ellos: a los niños.

El cambio quizás más relevante entre ser niños hace algunas décadas y hoy en día consiste en que los niños, hoy, no pueden salir solos de su casa y han perdido el tiempo libre. Siempre vienen acompañados y vigilados, y todo su tiempo es organizado entre la escuela por la mañana, los deberes por la tarde y los cursos de lengua, los deportes o actividades creativas, pero que siempre son escuelas. El tiempo que queda transcurre delante de una pantalla.

Esta condición determina un gran desequilibrio entre un crecimiento repentino e impresionante de autonomía en los niños, desde los primeros años, respecto a la información y a la comunicación (internet y el “celular”) mientras desaparece completamente la autonomía de movimiento.

- Si no pueden salir de casa sin ser acompañados, los niños no pueden jugar y si no juegan no pueden crecer. No se puede ‘acompañar’ a jugar, hace falta ‘dejar’ que los niños jueguen. El juego, que es seguramente la experiencia que más incide en el desarrollo en los primeros años de vida (en absoluto los más importantes) necesita de suficiente libertad y autonomía para poder ser vivido correctamente.
- Si no pueden vivir las experiencias de la aventura, del descubrimiento, del obstáculo, del placer y de la decepción, no conseguirán asimilar las reglas y construir la herramientas necesarias de cara al mundo y crecer en la autonomía.
- Si no pueden experimentar el riesgo, en cuanto tengan el deseo y la oportunidad, a los dos, cuatro, ocho, diez años, porque siempre hay alguien que vigila y controla, se acumulará un deseo y una necesidad cada vez más grandes que podrán satisfacer solo cuando alcancen una autonomía suficiente: cuando tengan las llaves de su casa o una moto bajo el trasero. Por lo tanto, todo es aplazado en la adolescencia pero con mucho más peligro. Creo que las experiencias de gamberrismo, el abuso de alcohol y de drogas, una sexualidad precoz y no controlada, los accidentes de moto y de coche (en Italia resultan ser la primer causa de muerte hasta los 26 años) y los suicidios, más que ser fenómenos y dramas de la adolescencia son consecuencias coherentes de errores educativos en el período de la infancia. Los que no pudieron ir en bicicleta y raspase las rodillas de niños tienen más posibilidades de sufrir graves accidentes de moto siendo adolescentes.
- Las ciudades sin niños son peores.

Un nuevo conflicto

Alrededor de la infancia siempre se desarrollaron conflictos. El conflicto entre los niños y la escuela es histórico, siempre ha existido. Se ha analizado y descrito casi como un fenómeno necesario y natural. También el conflicto entre los niños y los coches tiene orígenes antiguos porque los coches crean peligro y el peligro crea miedo en los adultos y reduce la autonomía de los niños. Podemos afirmar en general que la relación entre niños y adultos siempre ha provocado algún conflicto porque los niños molestan y fastidian. Pero lo que me parece ser hoy en día un conflicto nuevo es el que aparece entre los niños y sus padres: los adultos piden a la sociedad, a la ciudad, a los administradores mayor seguridad, mayor control y vigilancia para sus hijos; los niños, sus hijos, piden a la sociedad, a la ciudad, a los administradores, mayor libertad y autonomía. Un niño del Consejo de los niños de Roma pedía a su alcalde: ‘Nosotros pedimos a esta ciudad el permiso para salir de casa’.

Frente a este conflicto cada uno tiene que elegir con quien estar, ¿con las niñas y los niños o con sus padres? Si estamos con los padres estamos por cierto en contra de los niños, pero si estamos con los niños no estamos contra los padres. Es esta una hermosa regla de la democracia y de la justicia: cada vez que se favorece a los pequeños, a los últimos, se enriquecen todos, cada vez que se aumenta el poder a los que lo detentan, todos los sometidos sufren. Lo he comprendido reflexionando sobre las batallas y las victorias de las mujeres: cada una de sus conquistas ha sido un paso adelante para todo el mundo. Si esto es válido para las mujeres, tiene que ser válido aún más para los niños. ¿Con quién estamos nosotros?, ¿Con quién está la escuela? ¿Con quién está el alcalde? ¿Con quién está la política?

Nuevos profetas

En los momentos de crisis, en los tiempos antiguos, llegaban los Profetas. Pero Moses Maimonides, en Córdoba, a finales del siglo 12, escribe. “Desde cuando nunca existen más o no son reconocidos los profetas y la profecía ha acabado manifestarse de forma clara, el arte de la profecía está afianzada en los niños y en los locos a los cuales hay que prestar atención”. Entonces hay que reconocer el alto valor profético de la frase del niño italiano de 5 años y de Victoria de Rosario, hay que pedirles ayuda, escucharlos y tener en cuenta lo que nos dicen.

Los niños pueden ayudarnos: el proyecto "Ciudad de las niñas y de los niños"

Si estamos convencidos de que un cambio es necesario y urgente los niños pueden ayudarnos. Pero hay que estar disponibles y ser capaces de escucharlos. Por eso se necesitan algunas condiciones: estar seguros de que tienen cosas importantes que decirnos, saber comprender lo que nos piden hasta más allá de lo que nos dicen y tener bastante ánimo para tener en cuenta lo que preguntan, cueste lo que cueste.

El proyecto “La ciudad de las niñas y de los niños” propone a los alcaldes, a los políticos, a los administradores, pero también a los educadores (padres y docentes) pedir ayuda y consejo a los niños, tomando a los niños como criterio de evaluación y de cambio de la ciudad, en la convicción que una ciudad adecuada para los niños será una ciudad mejor para todo el mundo.¹

Los niños por lo tanto no son interpelados como una de las muchas categorías sociales o generacionales, sino en cuanto son capaces de representar al ‘Otro’, el diverso, el que está lejos del poder, de la competitividad, del sentido común homogéneo y conformista del adulto. El niño, entonces, en cuanto paradigma de la diversidad: el alcalde que aprende a escuchar a los niños llega a ser de verdad el alcalde de todos.

Un aspecto particularmente emocionante se da al observar como las propuestas de cambio ciudadano de los niños coincidan sustancialmente con las de los expertos y de los científicos y en particular de los psicólogos, de los ecologistas, de los sociólogos, de los urbanistas, de los pediatras y también de los juristas y como en cambio se alejen de las elecciones de los políticos y de los administradores de las ciudades.

El proyecto se articula en dos aspectos fundamentales:

- la participación de los niños en el gobierno de las ciudades a través de los Consejos de los niños, considerados como organismos consultivos de los alcaldes y de las Administraciones locales, como fiel aplicación del artículo 12 de la Convención Internacional sobre los Derechos del Niño de 1989.
- la proyección de espacios y adorno urbano participada por los niños.

Hace falta restituir a los niños el derecho de moverse en libertad en su propia ciudad, revisando las políticas de la movilidad, para permitir a los niños las actividades imprescindibles del juego, de la exploración, de la aventura.

La presencia de los niños en los espacios urbanos restituirá seguridad a las ciudades.

Adhieren al proyecto diferentes ciudades y hoy en día se ha constituido una red de casi 200 ciudades en Italia, en España y en Argentina y en otros países de América Latina.

Una política diferente

En casi veinte años de experiencia hemos recogido las propuestas de niños de muchos países y todas están de acuerdo en algunas de las demandas claves que describen la necesidad de otra política. Los niños piden a sus gobiernos que lleven a cabo una política diferente, más cercana a las

¹ Por un mayor conocimiento de la motivaciones, de las propuestas y de las experiencias del proyecto se pueden consultar los volúmenes Tonucci, F. ‘*La ciudad de los niños*’ (1997) y ‘*Cuando los niños dicen ¡Basta!*’ (2002) editados por Fundación Germán Sánchez Ruipérez, en España y por Losada en Argentina, y la página web www.lacittadeibambini.org

necesidades de todos los ciudadanos, sin excepción, más sensible a las exigencias necesarias de sostenibilidad ambiental y económica.

Una política diferente de la de los políticos, que apunte no al consenso, sino a la felicidad.

Una política diferente sobre la seguridad. La seguridad es hoy en día considerada un tema central en el debate político. Frente a un temido grave peligro inminente, la política tranquiliza a los electores diciendo: ‘no os preocupéis, estamos nosotros.’ Y la única manera con la cual se está interviniendo es la de aumentar las defensas: patrullas, cámaras, puertas blindadas, brazaletes electrónicos, teléfonos móviles...

Aquí se abren varias contradicciones. La más importante es la paradoja creada por la disminución de los delitos, así como documenta el Ministerio del Interior y como confirman los administradores de Roma y Milán por un lado, y la subida del miedo por el otro lado. La paradoja que deriva de aquí es que, como siempre han explicado los sociólogos y los psicólogos sociales, si aumenta la defensa como consecuencia subirá el miedo y la sensación de peligro. El problema real depende probablemente de que hoy en día el miedo es considerado un recurso por la política, que lo utiliza para aumentar el consenso electoral, basándose en la comunicación mediática que dedica a los acontecimientos más feroces de crónica negra, una atención morbosa que aumenta la escucha y consecuentemente el espacio de la publicidad.

Establece así un círculo vicioso que alimenta una sensación de inseguridad que pagan sobre todo las categorías más débiles, sobre todo, las niñas y los niños.

¿Cuál es la propuesta alternativa que ponen los niños, cuál es su idea de seguridad?

Podemos considerarla representada por la propuesta de un niño del Consejo de los niños de Rosario en Argentina: “Los adultos deben ayudarnos, pero desde lejos.”

Una propuesta que merecería una reflexión profundizada de parte de nosotros los adultos. Ayudar desde lejos por cierto no significa acompañar de la mano, no controlar directa y personalmente al hijo propio. Probablemente implica comprometerse para realizar condiciones sociales (y no personales) de acogida y de atención. Probablemente puede ser representado por la elocuente propuesta de Herman, también de Rosario: “Es fácil (estar seguros): es suficiente que haya dos padres tomando un café en cada esquina.”

No están, por lo tanto, en la calle para vigilar a los niños, sino para tomar café. Pero estar allí, porque su presencia hace segura la calle.

A esta diferente idea de seguridad se añade otra todavía más innovadora y desconcertante: los niños en la calle hacen segura la calle. Otra vez una paradoja: no permitimos que nuestros hijos salgan de casa porque juzgamos que la calle es peligrosa mientras la calle es peligrosa por qué no están más los niños. Si están los niños nosotros también somos mejores. Los niños pueden despertar en los vecinos del barrio actitudes de solidaridad y de atención, sabiendo construir un nuevo vecindario.

Valga de documento en confirmación de esta afirmación la experiencia de Buenos Aires. En el 2001, después del enésimo acto de violencia en contra de los niños que iban a la escuela, en uno de los distritos periféricos de la ciudad, la gente se rebela y se junta para decidir qué hacer. Rechazan la demanda de mayor presencia de policía (pueden tener lugar tiroteos de resultados imprevisibles) y dicen que quieren que los niños vayan solos a la escuela con referencia a nuestro proyecto “La ciudad de los niños”. Para hacerlo implican, según lo previsto, comerciantes y gente mayor, sensibilizan las escuelas y los barrios y llaman esta experiencia “*Senderos seguros hacia la escuela*”. En el 2005, cuando ya la experiencia se había difundido en muchos distritos de la gran Buenos Aires y había ingresado en la Capital Federal, el responsable de la seguridad de la ciudad, en un encuentro público declaró que en los distritos que promovían esta experiencia los actos de delincuencia urbana se habían reducido hasta un 50%!

Una política diferente de la movilidad y de la salud.

Ya hemos descrito las graves consecuencias de la falta de autonomía y de movimiento autónomo de las niñas y de los niños en su ciudad. Si los niños no pueden descargar libremente sus energías por

un tiempo adecuado cada día ocurren muchos riesgos para su salud y su desarrollo. No son suficientes los cursos deportivos a los cuales las familias les inscriben por la tarde también con fuertes gastos económicos. Estos cursos no son juegos sino escuelas. El movimiento es controlado por un entrenador y finalizado a la formación de un futuro “campeón” y por lo tanto nunca es espontáneo y libre, sino controlado y directo. Muchas de las patologías infantiles tienen sus raíces y causas en la prolongada inactividad delante de una pantalla. Durante esas horas los niños comen y venden productos no aptos para su salud. De todas las investigaciones hasta ahora llevadas a cabo resulta que la única propuesta ganadora contra la televisión o los videojuegos sea la posibilidad de salir de casa para ir a jugar libremente con los amigos. La autonomía de movimiento es la verdadera forma de prevención. Una ciudad democrática y preocupada por la salud de sus ciudadanos empezando por los más pequeños tendría que garantizar a todo el mundo la posibilidad de moverse libremente en su propia ciudad.

Una política diferente del espacio público y del juego. Los niños no agradecen los espacios para niños, lugares aislados y dedicados a ellos donde pasar un tiempo bajo una continua vigilancia de adultos. Los parques infantiles con los toboganes, los columpios u otros juegos son una invención moderna que no tiene en cuenta los deseos y las necesidades de los niños. Para ellos el justo espacio para jugar es el espacio público, empezando por las escaleras y el patio de casa para llegar a las aceras, a las plazas y a los jardines de la ciudad. Una ciudad que quiera respetar las exigencias de los niños tendría que evitar gastar dinero en estos espacios aislados y estereotipados y favorecer la presencia de las niñas y de los niños en los espacios públicos.

También en este plan los niños tienen ideas claras y, desde el trabajo hecho por ellos en los Consejos de los niños italianos, españoles y argentinos, salen estas propuestas que podrían ser un programa de proyección de los espacios urbanos.

"Hay demasiados aparcamientos, y muchos niños no tienen lugares para jugar. Nosotros proponemos hacer la mitad, mitad para los coches y mitad para los niños."

"No sirven espacios dedicados y especializados, sino compartidos, y seguros porque están ocupados";

"No necesita la policía";

"No tendrían que estar los padres";

"Los espacios para jugar son todos horizontales y no se puede esconderse";

"Los adultos siempre ponen los mismos juegos en los jardines y no da gana jugar, porque es como ver siempre la misma película, y no hay sorpresa";

"Los adultos ponen canteros en los jardines para que los niños no puedan jugar";

"Tendrían que poner matas, para que podamos besarnos a escondidas";

"Para que un lugar sea bueno para los niños no tendría que ser demasiado seguro."

Esta última característica es interesante: el niño no dice que no tiene que ser seguro, sino que no tiene que ser “demasiado” seguro, como si la excesiva seguridad quitara la posibilidad de juego y de diversión.

Derecho al juego En esta ciudad, en la cual los niños pueden utilizar los espacios públicos como todos los demás ciudadanos, hay que reconocer el derecho al juego. Esto significa ante todo que el juego no puede y no debe ser prohibido. Siendo reconocido por el artículo 31 de la Convención de los derechos de las niñas y de los niños, no puede ser prohibido ni en las casas, ni en las ciudades. No se puede prohibir a los niños jugar en las salas, en los zaguanes o en los patios de los monoblocks; no se puede prohibir jugar en las aceras o en las plazas de las ciudades. Tendrían que desaparecer las prohibiciones y los letreros de prohibición. Sería deseable que apareciesen letreros que dijeran: “Se invita a los niños a jugar”; “El ayuntamiento respeta el derecho al juego”; “Los adultos no tienen que molestar a los niños mientras juegan”.

La otra condición es que los niños tengan tiempo para jugar. Esto significa principalmente menos deberes escolares y menos actividades por la tarde. Los niños pasan en la escuela una cantidad de

horas parecidas o superiores a aquello que sus padres pasan trabajando. Es absurdo que la escuela tenga la necesidad de empeñar también las horas de la tarde, las del fin de semana y de las vacaciones. Por otro lado también las familias tendrían que dar un paso atrás, no ocupando todo el tiempo que queda con cursos y lecciones por la tarde de idioma, deporte o actividades expresivas dejando a sus hijos un tiempo libre suficiente que ellos puedan administrar autónomamente, junto a sus amigos, en lugares elegidos por ellos mismos. Naturalmente, como siempre ha sido, esta autonomía tendrá que ser experimentada dentro de un marco de reglas espacio-temporales que las mismas familias indiquen.

Una política económica diferente. Kofi Annan, el Secretario general de las Naciones Unidas, el 8 de mayo de 2002 en Nueva York, en la apertura de la Sesión Especial de Naciones Unidas para la Infancia, concluyó su discurso diciendo: "¿Cómo podremos fracasar, sobre todo ahora, sabiendo que cada dólar invertido en mejorar las condiciones de vida de los niños retorna a la sociedad con una ganancia de hasta de \$ 7?"

La afirmación era desconcertante y estaba hecha frente a todos los jefes de estado y de gobierno del mundo. En un periodo en el cual la renta de los capitales nunca llegaba al 10% se proponía un tipo de inversión virtuosa que podía producir el 700%!

Algún año después he descubierto de donde Kofi Annan había sacado esa información, cuando conocí las investigaciones de James Heckman, premio Nobel para la economía en el año 2000. Heckman había efectuado una búsqueda para la cual había seleccionado un grupo de niños procedentes de barrios populares con altos niveles de criminalidad y con un cociente intelectual inferior a la media y les había ofrecido la asistencia para tres años (desde los 3 hasta los 6) en una escuela infantil de alta calidad (en los Estados Unidos reservada solo a las clases sociales cultural y económicamente más elevadas). Cuando el grupo experimental ha cumplido los veinte años el estudioso ha evaluado los resultados y ha encontrado que aquellos jóvenes habían tenido una carrera escolar y profesional mucho más alta que la de sus compañeros, con la misma condición social, que no habían participado en el experimento y habían tenido en comparación con ellos una actividad criminal menor del 70%. Sin considerar el valor social y moral del resultado el economista pudo demostrar que evaluando los gastos y los beneficios, la más alta productividad y el más bajo gasto social (policía, servicios sociales, hospitales, cárceles) se podía demostrar que cada dólar invertido había rendido más que 7 dólares y que en una proyección sobre la vida entera de los sujetos se podía evaluar que la renta pudiese superar mucho los 8 dólares.

En fuerza de estas bases científicas me arriesgo a indicar tres sectores en los cuales todos los recursos invertidos podrán producir fuertes rentas:

- a. amamantamiento natural: garantizar a todas las madres que puedan gozar por lo menos por un año de su hijo y que cada niño pueda gozar de su madre y especialmente de su pecho. Por eso necesitamos cambiar las garantías públicas y las reglas de trabajo.
- b. juego libre para niñas y niños: crear las condiciones urbanísticas y la organización social para que todos los niños puedan gozar de un tiempo libre cotidiano durante el cual jugar con los amigos en los lugares públicos de la ciudad.
- c. una escuela infantil de alto nivel para todas las niñas y los niños.

El país que tenga el ánimo de innovar con estas medidas, podría salir de la crisis económica en pocos años y propiciará para sus ciudadanos un futuro lleno de esperanza.

Francesco Tonucci
Instituto de Ciencia y Tecnología de la Cognición (ISTC)
Consiglio Nazionale delle Ricerche (CNR)
Responsable del Proyecto Internacional
"Ciudad de las Niñas y de los Niños"